

Necesidad
de que
los médicos sean literatos.

Memoria presentada á la Pr.^{ca} Academia
de medicina y cirugía de Madrid, en solici-
tud de una plaza de socio de número de la
misma,
por

D.^{no} Eusebio Castelo Serra, licenciado en medicina y
cirugía y regente en Retórica y Poética.

Qui in studio medico magnos hodiè profectus facere, atque præ-
clarus et genuinus Medicus evadere satagit, is ante omnia earum linguarum notitia ins-
tructus sit necesse est, quæ utilitatem ipsi hac in re afferre possunt, atque simul literis,
quas humaniores appellant, probe instructus.

Neisteri. Comp. Institut. Medic.

Necesidad
de que
los médicos sean literatos.

Memoria presentada á la Pr.^{ca} Academia
de medicina y cirugía de Madrid, en solici-
tud de una plaza de socio de número de la
misma,
por

D.^{no} Eusebio Castelo Serra, licenciado en medicina y
Cirugía y regente en Rhetórica y Poética.

Qui in studio medico magnos hodiè profectus facere, atque pre-
clarus et genuinus Medicus evadere satagit, is ante omnia earum linguarum notitia ins-
tructus sit necesse est, quæ utilitatem ipsi hac in re afferre possunt, atque simul literis,
quas humaniores appellant, probe instructus.

Meisteri. Comp. Institut. Medic.

*Si las ciencias esclarecen el espíritu, la literatura
le adorna; si aquellas lo enriquecen, esta pulcra y ava-
lora sus tesoros; las ciencias rectifican el juicio y le
dan exactitud y firmeza; la literatura le da dis-
crimienento y gusto y le honra y perfecciona.*

Jovellanos.

Señores:

Inútil sería mi empeño si en esta ocasión intentara tratar la historia de las academias científicas: demasiado sabéis que su origen se remonta á muy atrasados siglos, y que hasta su mismo nombre se debe á una de esas circunstancias insignificantes de que han salido ir acompañados con frecuencia los sucesos notables, los grandes descubrimientos y fenómenos extraordinarios que, ya en el orden físico, ya en el moral é intelectual, y así en el terreno de las ciencias más abstractas, como en el de las artes y la industria, han tenido lugar en diferentes naciones y en muy diversas épocas.

Desde que el ilustre filósofo de Atenas, el divino Platon, daba sus eternas lecciones en uno de los sitios más amenos de aquella ciudad memorable, hasta la época que atravesamos casi no tienen cuenta las sociedades y corporaciones de toda especie que bajo el título de academias se han formado, herederas legítimas de tan glorioso nombre unas, dignas y laudables imitadoras y emulas de aquella fama otras, miserables y raquíticas — parodias de aquel magnífico drama de la

filosofía algunas. Eraxar pues el origen de todas ellas, sus progresos, sus vicisitudes, indicar su influencia, sus efectos, su relativa importancia &c.^a sería asunto tal vez muy digno para una memoria de esta especie, y que suministraría abundante materia para escribir un libro de grueso volumen. Aun limitándose á lo que á las ciencias médicas atañe habría tanto que decir que yo me vería muy embarazado para salir airoso de tan difícil empresa y, por estrecho que fuera el círculo que me traxera, se fatigaría nuestra atención antes que se agotase el inmenso caudal de los hechos y noticias tan útiles como curiosas, que podría suministraros.

¿No intento pues ser el historiador de las academias; deo si hacer algunas reflexiones sobre estas sociedades ó corporaciones científicas, que sirvan como de introducción al asunto principal que me propongo escribir á vuestro juicio y competente examen, y espero que las recibiréis benignamente si no os pareciere tan oportunas como yo he creído condecorarlas. Si abusa en esta parte de la licencia que como á escritor se me concede, bello sea por vuestro el contraste de una generosa tolerancia por parte vuestra.

Si abrimos los ojos y los fijamos por un breve momento en el espacio; si contemplamos un instante el punto mas pequeño de un hermoso toldo azul que sirve de pabellón á nuestras cabezas, si tendemos nuestra vista por la superficie de este inmenso globo que habitamos con nuestros pies, y si dirigimos una rápida mirada sobre un inmensurable mar de agua flotante

que constituye los mares, siempre veremos una misma cosa, las maravillas de la creación; siempre observaremos un hecho mismo; las leyes eternas con que se rige el universo: leyes constantes, inmutables y eternas que vemos comprobadas à cada paso en la sucesión de fenómenos de la naturaleza, y que jamás puede llegar à desmentir alguno que otro hecho, al parecer accidental, pero en nada distinto de todos los demás, sino en cuanto que su explicacion se escapa à nuestra limitada inteligencia y à la imperfeccion de nuestros sentidos. En virtud de dichas leyes vemos elevarse de la superficie de la tierra ciertos vapores que lentamente van acumulándose en la atmosfera, hasta formar mas montañas aéreas, que, ó bien se destinan tranquilamente por el espacio, ó bien quedan violentamente impelidas por los toracanos, produciendo un ruido atronador proporcionado à su masa, y despidiendo de su seno mas ráfagas de fuego, proporcionadas tambien à las corrientes eléctricas que en su precipitado curso llegan à encontrarse: en virtud de dichas leyes contemplamos estallidos de admiracion en gran foco de luz y una multitud de estrellas que al paso que horrucean al firmamento, iluminan à la tierra, cuyas dimensiones y acumbrao mismo guardan tan exacta relación con la superficie de nuestro planeta y con la distancia que del mismo los separa: en virtud de dichas leyes vemos mas soberbios edificios, al pasar destinados à proreunir el tránsito de mil generaciones como un general el desfile de sus murallas y ordenadas huestes, desplegarse con estrepito, conmovidas

sus movimientos por una corriente de aire subterránea; mientras que por otra parte apenas podemos comprender ó darnos cuenta de una fuerza capaz de poner en movimiento y elevar á tanta altura una considerable porción de líquido, que después de correr largas distancias arrastrando en su curso cuanto encuentra al pasar, van á estrellarse contra las playas y riberas de los diversos continentes.

Una cosa hay sin embargo que se descubre al mas ligero exámen de todos estos fenómenos, y es esa perfecta igualdad, esa justa proporción y admirable armonía entre las fuerzas y la materia, entre los efectos y las causas. No produce seguramente en invierno que nos espanta y atorra la ligera nebulilla que flota aislada en medio de la atmósfera pura y serena de una tarde de mayo; ni nos fascina en su luz esa estrella que resplandece como un botón de plata anunciando la llegada del nuevo día; ni causa ese ruidoso choque, que asegura la tempestad, la blanda brisa que hace flotar apenas el lienzo de un gallardete.

Lo que observamos en el orden físico podemos observarlo tambien en el orden moral y mas principalmente en el intelectual. Si pues en el orden físico vemos que todos los grandes fenómenos son el resultado de grandes fuerzas, inmediatamente subaradas y combinadas, justo será deducir que solo subarando y combinando de igual modo las fuerzas de la

inteligencia pueda llegarse á la realizacion de resultados análogos, que la incapacidad del individuo haria irrealizable de otra manera; justo será concluir en que las asociaciones científicas, cualquiera que sea el título que quiera dárseles, son una condicion precisa de perfeccionamiento, una ley superior de todo progreso legítimo y bien entendido; justo será concluir que las academias, sabias y prudentemente organizadas y dirigidas, son una necesidad de nuestra época y un poderoso agente de impulsión científica y literaria en todos los países verdaderamente ilustrados.

Se dice que el individuo aislado es incapaz de realizar en el terreno de la inteligencia hechos análogos á los que observamos en el orden físico, y que estos solo pueden obtenerse á beneficio de asociaciones y combinaciones de muchas y muy diversas fuerzas particulares, y no me costaría gran trabajo justificar semejante asercion si no temiera apartarme demasiado de mi objeto; pero basta observar al hombre desde que rompe los lazos del claustro materno, y seguirle paso á paso en todas las fases de su vida, hasta que la dura y quada mano del tiempo le precipita en el sepulcro, para convencerse de que, por muchos que sean los privilegios con que se haya dotado el Hacedor Supremo, hay un límite que no le es posible traspasar por sí solo, una valla insuperable para él por bien que combine sus esfuerzos, una barrera de bronce en la cual está escrito el siguiente lema:

Nada aquí como individuo. Revolvamos sino brevemente al
gunas de las épocas mas notables de su existencia y le
veremos: niño, recibir de una madre que le alimenta y abri-
que, le enseña à balbucear las primeras palabras y le susten-
ta mientras hace sus primeros ensayos para moverse; joven,
recibir de un Señor que le precava de los peligros que le rodean,
le libra de los lazos que el mundo tiende à su fogosa edad, y le
aparta de los numerosos escollos en que comunmente suele precipi-
tarse la inexpériencia; hombre ya, recibir de los consejos
de un amigo, de los caudales de otro mas rico que él, de los
consejos de un filósofo de otro mas sabio y mas experimentado,
porque, si una verdad eterna, es que el hombre aislado y
como uno individuo sea capaz de tomar el sumo grado de
perfeccion, seria un delirio igual al de pensar que un solo
hombre, sin mas que sus propios brazos, pudo construir esos
suntuosos monumentos que conocemos con el nombre de Pirá-
midas de Egipto, que un solo soldado hubiera podido derrotar
el ejército de Gerges.

En las ciencias y en las artes sucede una
cosa muy parecida à lo que acabo de indicar: su perfec-
cion es hija del tiempo y de los esfuerzos de muchas personas
reunidas, ó que han ido sucediéndose, pero cumplidos todos en
una causa comun: la ciencia matemática de hoy no es cien-
cia matemática del siglo de Pericles; la física de ahora no

es la física de los cuatro elementos; la química del siglo actual no es la del siglo del Marqués de Villena... como la medicina, de nuestros días no es la medicina de los Asclepiones.

2. Pero ¿qué hubiera sido de todas estas ciencias si en cada época hubieran desaparecido con los hombres que las cultivaron, y si los conocimientos que cada cual por sí adquirió no se hallaran refundidos en los que hoy las cultivan? Pues como emblema de semejante refundición debe considerarse toda corporación científica ó academia especial bien organizada y digna de tan ilustre nombre, en la que agrupados todos los hombres más notables de una ciencia, reunidos todos los talentos, concentradas todas las capacidades, se ve representado como en un cuadro de muchas figuras todo el saber de una nación en un ramo especial de los conocimientos humanos.

Pero para que las academias no sean un nombre vano, una bella y seductora ilusión, una máscara, es necesario que entre todos sus elementos exista una perfecta armonía ó igualdad, que todos sus resortes estén dotados de la suficiente elasticidad y fuerza, que cada una de sus ruedas se mueva con la suficiente energía, aunque en diverso sentido, para que así resulte un movimiento general, uniforme, eficaz y constante del conjunto, que es el único capaz de realizar en el terreno de las ciencias sus grandes y sorprendentes fenómenos que observamos en la naturaleza física;

porque si hay un Dios que con una sola mirada puede pulverizar en un instante cien universos, el hombre, forzoso es confesarlo, tiene que arrojarse si quiere producir algo digno de su razón y de su inteligencia.

Una academia pues de medicina no debe ser una sociedad de cierto número de médicos amigos que se reúnen en determinados días para tratar privadamente ciertos puntos mas ó menos insignificantes de la ciencia, sino una corporación respetable de profesores ilustrados que deben agitar y resolver públicamente las cuestiones mas importantes y difíciles de un misma ciencia, y ser sus dignos intérpretes siempre que el gobierno, los tribunales ú otro cualquiera consideren necesario consultarlos. Una academia de medicina no debe ser un planeta opaco que solo aparece de tarde en tarde reflejando una luz tibia y prestada, sino un sol vivísimo que con luz propia todo lo ilumina, todo lo fecunda, todo lo anima, y cuyos ardientes rayos así avistan y quiebran el profundo y modesto saber, como derriban las alas al audaz charlatanismo, que hoy mas que nunca se levanta orgulloso sobre las ruinas de la ciencia por él atropellada.

Y siendo esto así, me diréis ¿con qué derecho pretendes ser admitido en el seno de la primera corporación médica del país? ¿Cómo te atreves á solicitar un puesto al lado de los profesores mas eminentes de España que la componen? ¿Con tu nivel de opinión tienes de la Real Academia de medicina de Madrid

que te consideras apto para ocupar una de sus plazas de número? ¿O más por ventura que en tu patria o lá por realizar aun el pensamiento de una academia tal como tu la concibes? Si según dice la perfección es hija del tiempo y las academias deben componerse de los hombres más notables en la ciencia; cómo así faltas á tus propios principios llevando tu fatuidad hasta el punto de considerarte digno de un honor que apenas se abrocharía tal vez á solicitar los profesores más instruidos á la vez que más experimentados y ambiciosos de España? ¿No tienes que son resortes tan débiles, con ruedas tan inútiles como tú se entorpecía el movimiento de esta máquina y se frustran las esperanzas que de ella hay ya motivo para concebir? Verdaderamente, Señores, que no debí yo saber lo que había cuando concebí la loca idea, de pretender un asiento en los escanos de esta ilustre corporación, y que no parece sino que me propuse realizar la fábula de Basten solicitando imprime las riendas de los fogosos caballos del carro solar. Nunca es en efecto desconocer completamente lo que es y lo que debe ser la Real Academia de Medicina de Madrid, no tener la menor idea de los hombres que hoy la componen ó haberse dejado dominar del más vergonzoso amor de sí mismo para justificar tan vana pretensión, para explicar tan altas é infundadas pretensiones. Pero no, Señores: otro es el móvil de mi conducta en la ocasión presente: bien sabéis que una noble emulación es en muchas cosas el resorte más poderoso del corazón humano, y Pi Anibal y Al-

jaudros fueron grandes, á ella, y solo á ella, puede decirse que de
bien la suitad de su gloria. Por otra parte si la edad, los años
de práctica y la reputacion en la ciencia debou considerarse como
otros tantos títulos en esta clase de instituciones, bien sabis que
en toda sociedad convenientemente organizada significa tanto
y estan símil la experiencia de los viejos como la actividad y
enugia de los mozos. Si Roma tuvo en su senado padres
de la patria, que con sus consejos y sabias deliberaciones la go-
bernaban, tambien tuvo generales jóvenes y esforzados, que con
su valor y sus armas la engrandecian; y no seria fácil decir
á quien debió principalmente su gloria aquel poderoso im-
perio.

Es mi objeto al exponerme así rebati, aunque de
paso, la opinion, en mi concepto no muy fundada, de los que
creen que una corporacion de esta especie debe cerrar sus puertas
á la juventud; pues toda academia debe ser, debe procurarse á
lo menos que sea, un plantel acogido donde junto á la corpulen-
ta y añosa misma cruce y se robustezca el álamo vigoroso, al lado
de la sabia y respetable ancianidad la activa y estudiosa ju-
ventud. Pensar de otra manera es lo que es desconocer al objeto
y fin de semejantes instituciones. Afectuosamente en esta
se hallan comprobados prácticamente mis opiniones, pues
entre los nombres respetables de los individuos que la compo-
nen se ven los de nuestros mas distinguidos prácticos así co-
mo los de algunos jóvenes estudiosos, honra y provecho de la escuela

en que se educaron y vivieron, operaura de nuestra pais unai-
da y por tratada medicina española.

Pero voy apartándome demasiado de mi
principal objeto, y no es justo abusar de vuestra atencion. Con-
roron desearis saber el punto que ha de servir de tema á esta
Memoria, operando quizá alguna disertacion sobre la tisis, sobre
el cáncer ó alguna de esas innumerables dolencias que son el
objeto constante de nuestras penosas estudios. Si es así siento
haber defraudado vuestras esperanzas, pues asunto de mi dis-
curso no consta en los tratados de patologia. Voy á hablaros
sobre la necesidad de que los médicos pasen una buena ins-
trucccion literaria, sobre la necesidad de que los médicos
sean literatos.

Haime movido á elegir este asunto para
tema de este discurso el observar por una parte lo desui-
dado que se hallan los estudios literarios por algunos pro-
fesores, dignos bajo otro aspecto de la mayor estima y consi-
deracion, y el ver con no poca frecuencia en boca de otros, "que
para ser buen médico basta y soba un saber diuinar perfecta-
mente una region del cuerpo humano, administrar á la deus
regular un agente cualquiera de la materia médica, disques-
tias un afecto morboso, y, en una palabra, poner en práctica
los movimientos adquiridos en la escuela" como si el médico pu-
diera reducirse exclusivamente al puro materialismo de tratar

enfermedades; como si sus relaciones debieran limitarse al estrecho círculo del hogar doméstico; y como si la medicina actual no estuviera llamada á representar otro papel mas importante en el vasto teatro de las sociedades modernas!

II.

Si han existido épocas en las cuales bastaba pasar unos sencillos conocimientos en cualquiera materia para pasar por hombre instruido y distinguirse de la generalidad, hoy solo á costa de penosos estudios y prolongadas vigilias puede llegarse á sobresalir alguno tanto y á ocupar un punto de distincion en el terreno de las ciencias. Dibase esto por una parte á lo mucho que todas ellas han ensanchado sus límites, lo cual hace que no se domine su estudio tan facilmente, y por otra á que ha mudado de tal modo el gusto de saber y es tal el afan de remontarse á las primeras causas de todas las cosas, que casi sin pensarlo se traspasan los términos de una regular instruccion. Influye tambien no poco en la produccion de este hecho la circunstancia de haberse aumentado considerablemente el número de los que, mirando con duden el taller del carpintero y el obrador del sastre, han tocado la escuela del primero

y la abuja del segundo por el baston del medico y la toga del abogado; pues entre los infinitos males que tenemos que deplorar en estos travesos tiempos no es seguramente el menor una especie de anarquia que se observa en todas las clases, y una general inclinacion á neutralizarse, sabiendo cada cual de su propia esfera sin reconocer otro móvil que un orgullo mal entendido y una infundada y desmedida ambicion. No hay mas que dirigirse á cualquiera de nuestras escuelas ó institutos de enseñanza para convencerse de lo que digo y persuadirse de que si el amor á la ciencia es una causa poderosa del unico aflujo de jóvenes que en ellas se observa, entra tambien por mucho la falsa opinion que trae llevado á formarse de las artes mecánicas y el espíritu positivista del siglo, que, en su loca idolatria del interes, pretende neutralizarlo todo sacrificando á su ídolo hasta las mas santas y respetables inclinaciones.

El semejante acúmulo de jóvenes en las diversas profesiones científicas, que, si bien es mas notable en estos dias, hace ya algun tiempo viene experimentándose, ha producido el resultado que necesariamente debia producir, esto es, un mal material y un bien moral: el primero no hay necesidad de indicarlo porque está al alcance de todos; el segundo es el haber despertado una laudable y provechosa emulation y haber inducido á redoblar los esfuerzos á fin

de oponer á los inconvenientes de la abundancia unívoca del
journal las ventajas de un talento mas cultivado y un
estudio mas completo y perfecto.

En todas las profesiones se ha patentado
la necesidad de una instruccion mas que regular, pero en
la medicina es en la que dicha necesidad resulta de un mo-
do mas notable. En efecto, hoy no basta tener algunos cono-
cimientos de anatomia con los cuales quedari comprenderse
las principales funciones del organismo y aplicarse gra-
vamente las enfermedades mas comunes, por medio de sier-
tas teorías físicas ó procedimientos tomados de la mecánica;
es necesario ser anatómico, en todo el rigor de esta palabra, si
se quiere comprender la explicacion que en el lenguaje de la física
moderna tienen los fenómenos al parecer mas insignifi-
cantes de la vida, y entrar con gracia firme y segura en el vasto
campo de la medicina operatoria, llevada en estos últimos
tiempos á un grado de perfeccion casi fabulosa: hoy no basta
ser un medico patólogo sabiendo conocer á qué clase pertenece
una enfermedad determinada; es necesario saber distinguir-
la de la multitud de variedades de la misma con que pudie-
ra confundirse, y señalar las diferencias que las caracterizan
y separan en el concepto de los profundos observadores que
mejor las han estudiado: hoy no sirve decir que es el pulmón,
el corazón ó el hígado el órgano que padeca; es necesario decir

como padre, deide su andar, su que estension, su que grado; si es un tubulo el afecto, o dos, o mas; si es el ventriculo o es la auricula, si del lado derecho o del izquierdo; si es la cara convexa o la concava &c. &c. En una palabra, la instruccion científica del medico debe ser hoy tan solida, tan profunda y tan amplia como el estado de la ciencia da derechos a exigir?

Pero no es esto solo: la instruccion del medico en el dia no se reduce a lo puro y exclusivamente científico, sino que alcanza y se estende a cuanto se halla relacionado con esa misma ciencia, aun cuando no sea un canon o una parte integrante de ella. Asi en la actualidad no basta conocer las causas diagnosticas, pronosticas, terminaciones, medios de tratamiento &c. de las diversas enfermedades que afligen al hombre, y que se hallan consignadas en los cuadros nosológicos, lo cual es del dominio propio y exclusivo de la ciencia, sino que es preciso tambien saber en cada enfermedad la época de su aparicion, o al menos cuando fue por primera vez observada, y a quien se debe dicha observacion; que curso ha seguido en las diferentes épocas y países en que se ha observado; a quien se deben las mejoras de origen que de ella tal vez se hayan hecho; cual es la razon filosófica de los medios propuestos para combatirla, y que relacion tienen estos mismos con el espíritu de sistema o de escuela a que debieron su origen, su crédito, predominio o popularidad. Aun en los agentes terapéuticos o remedios especiales

indiciados para su curacion y prevenidos quiza como mas oportunos, hay que saber la época y país de su invencion, quienes fueron sus inventores ó los propagadores de su uso, las vicisitudes ó alteraciones que han sufrido, y sus causas &c. &c.: lo cual mas bien que á la química, mas bien que á la medicina propiamente dicha, pertenece á la historia del arte, ya considerada en general, ya en sus diversos detalles ó ramos especiales. En una palabra, al médico no le basta hoy, saber lo puro y materialmente científico, sino que necesita adquirir esta especie de conocimientos mas elevados, de un orden mas superior y perfecto; el médico no solo debe saber la química sino conocerla, no solo está obligado á aprenderla, sino á estudiarla; mas claro, hoy no es suficiente saber la medicina, ó sea las reglas y prácticas necesarias para ejercerla, sino que es indispensable conocer la historia de su misma química, su filosofía, su literatura en fin: así lo exige el espíritu de la época y así lo demanda imperiosamente el ejercicio benéfico, prudente, racional y decoroso de la primera de las ciencias humanas, de la que tiene por objeto conservar al hombre, á la obra mas acabada del Supremo Artífice, y sin el cual serian inútiles, por carecer de sujeto, todas las demás que, ya por razón de conveniencia, ya por motivo de gloria y de lujo, creó Dios para gloria y honra suya, inventó y perfeccionó el hombre mismo, como producto natural de su privilegiado entendimiento, para empleo adecuado y digno de su divina inteligencia.

Si se dudara sobre la exactitud de la distinción que
entre estas dos cosas acabo de establecer, me bastaría tener observado
que se puede muy bien curar una dolencia cualquiera con solo saber
el uso y aplicación de ciertos medios que la razón natural ó la ex-
periencia aconsejan en determinados casos. ¿Cuántas veces
no vemos por desgracia que una enfermedad que se ha curado
tenazmente bajo la asistencia de los profesores mas dis-
tinguidos, de los mas hábiles prácticos, cede y se cura á bene-
ficio de un grosero empirismo en manos del gañan mas es-
túpido, de la vieja mas rufia é ignorante! Pero en algo se
ha de distinguir el verdadero médico del insuando y des-
preciable empiricario y faragüista: una cosa es curar ca-
suamente y en circunstancias excepcionales una enfermedad
determinada, y otra establecer un método racional de curación
en el que la falta de resultado constituya la excepción. Ejer-
cer la medicina no es realizar la fábula del Burro flautista;
ejercer la ciencia es algo mas que ejercer el charlatanismo.

De lo que llevo dicho se deduce naturalmente
que la instrucción del médico, para que tenga el grado de perfec-
ción necesaria y que se halla en armonía con las exigencias
de la época, debe ser científica y literaria á la vez; entendién-
do por esta última la que no se refiere de un modo directo
á la práctica del arte, ó no es absolutamente indispensable
para el materialismo de curar las enfermedades y dolencias

del cuerpo humano, aunque si muy conveniente para que
en práctica sea lo mas racional y austada posible, y que
sea de todo quanto para todo el que, no contentándose con
el simple papel de curandero, mas ó menos ilustrado, aspira
á elevarse á la altura que como médico le corresponde, recorrien-
do los numerosos grados de la escala profesional y ocupan-
do dignamente los infinitos puntos que, ya en la direccion
de la curación, ya en el noble ejercicio de la prensa, y hasta
en la administracion misma, están reservados para el ta-
lento, la aplicacion y el mérito.

Al llegar aqui ocurrirá la duda sobre
cual de estas dos partes que abraza la instruccion general
y completa del médico, tal como yo la comprendo, es la mas
importante, ó si ambas tienen un grado igual de importan-
cia. Para los que profesan la opinion demasiado absoluta de
que el médico no necesita saber mas que curar y sanar en-
fermos ni aun semejante duda existirá tal vez, porque rechaza-
ndo desde luego sus ideas y encerrándose en su círculo de
bierno que en no muy acertado modo de discutir les ha forma-
do, mas verdaderos aunque en esta materia, no alcanzaran á
ver las mas obvias y superficiales razones que favorecen mi
dictámen, contrario al suyo, y que se apoya en el voto é ínti-
mo convencimiento de todas las personas entendidas y sensa-
tas, pertenecian ó no á nuestra profesion. Para los que abri-

gan sobre esta materia opiniones en un todo análogas á las
sías no sería necesario que yo me detuviese en indicar siquiera
este punto, que debe considerarse como fuera de toda duda
ó discusión. Pero hay algunos que, bien averiguados con los pro-
ductos que del ejercicio puramente material de la profesión
obtienen, y exentos por otra parte de toda ambición ni para
ellos ni para la ciencia, reconocen y confiesan aunque tibiamen-
te las ventajas de una regular instrucción literaria
en el médico, sin que por lo tanto se decidan jamás á em-
prender una serie de estudios y á perfeccionar otros que les
proporcionarían doble consideración y quizá también algún
provecho. Para estos últimos el dominio de la medicina se re-
duce al estrecho recinto de la alcoba de un enfermo ó la sala
de un hospital, y confundiendo con una modesta mal en-
tendida lo que no es sino efecto de cierta indulgencia que po-
drían vencer á muy poca costa, consenten en que el prestigio
de la medicina sea cada día menor y aun llegue á perderse
por completo, como sucedería si se la dejase entregada esclusiva-
mente á sus propios recursos, cuya eficacia y poder se ven por
desgracia tantas y tantas veces desmentidos; pues creer que la
consideración de la ciencia pueda cimentarse sólidamente fal-
tando las bases que suministra una instrucción literaria,
regular es desconocer por completo el espíritu de la moderna
sociedad, cuyo carácter distintivo consiste en examinar, anali-
zar y compararlo todo para no creer luego en nada que no esté

fundado en alguna razón, siquiera sea de analogía, por muy remota que parezca: en cuyo caso toda la obra, hasta los delirios que mas repugnan al entendimiento y que mas ultraje hacen á la razón humana.

¿Queréis saber por qué los hombres mas instruidos suelen ser los mas inciertos en materias de medicina? Pues es porque no ven en los médicos una instrucción general y literaria que garantice la instrucción científica; porque no creen que pueda ser un hombre que no sepa hablar, escribir y discurrir acertadamente; porque no consideran muy aventajado en el arte de sanar enfermos al que manifiesta haber desatendido las ventajas que á todo hombre científico indistintamente proporciona una regular instrucción literaria. Y por cierto que, por mas que esto no sea siempre completamente exacto, los que así discurren no van del todo descaminados en sus juicios. De todos modos los males que para la profesion se originan de semejante descuido en la educacion del médico no pueden estar mas patentados.

Si pues si se me obliga á emitir mi opinion sobre la respectiva importancia de cada una de las dos partes que en su modo de ver comprende la educacion completa del médico, me verá precisado á confesar que la primera, esto es, la científica es la principal y mas im-

6
portante atendido el fin que aquel se propone; pero habidos
en cuenta los medios de que para conseguirlo tiene que valerse,
el carácter decididamente público que nuestra profesión recibe
en la práctica, las suma de conocimientos que para ejercerla
dignamente requieren, y sobre todo las infinitas y diver-
sas situaciones en que el que la ejerce puede y debe hallar-
se, casi me atreveria á asegurar que la segunda, esto es, la li-
teraria goza de un grado de importancia igual á la primera:
en muchos casos no tengo reparo en asegurarlo sin titubear
un momento. Mas adelante tendré ocasion de probarlo cum-
plidamente.

Pero lo que no puede ponerse en duda, lo
que de ninguna manera podrá negarse es que la primera se
perfectiona con la segunda; que si esta sin aquella no sería,
nada, aquella sin esta no tiene en el dia derecho para lla-
marse propiamente ciencia; porque no hay ni puede haber
ciencia donde no hay una razón filosófica que previda los
actos del entendimiento humano; porque no hay ni puede
haber ciencia donde no exista un verdadero criterio que sus-
cite al hombre á discernir lo verdadero de lo falso y á darse
una aplicación satisfactoria de sus prácticas y procedimien-
tos; porque no hay ni puede haber ciencia donde no haya una
luz histórica ante la cual se juzquen y porquien todos los
errores pasados, presentes y futuros de la humana intelligen-
cia, y porque no la hay tampoco ni puede haberla donde no

se vea otra cosa que una marcha rutinaria y seca, como se observa en aquellos que hacen de la medicina un mero arte de curar enfermos.

Es pues indudable, por mas que digan algunos, que parece se precian de profesar opiniones exageradas, que cada una de las dos partes que constituyen la educacion completa del médico es muy interesante por sí, y que ambas se prestan un mútuo apoyo, perfeccionándose la primera ó sea la científica con la segunda ó literaria; y en tal manera esto es así que hasta el vulgo ignorante desconfia muchas veces del médico á quien observa flojo en la última.

Y no hay que decir que el vulgo no es juez competente en esta materia porque carezca de una vasta ilustracion, porque previniendo de que no se necesita mucha para juzgar á un hombre cuya conducta se examina tan de cerca, hay mil ocasiones en el ejercicio de nuestra profesion en las que la falta de dicha instruccion literaria se descubre aun á los ojos de las personas mas ignorantes. Poco talento y menos instruccion se necesita para hacer una pregunta sobre una cosa que no se sabe y sin embargo tal puede ser ella que hasta por la sencilla, si no es satisfactoriamente contestada, coloque al médico, segun las circunstancias, en la mas difícil y desagradable situacion. En la simple prescripcion del corato de Galeno no seria muy,

estrano que la Meritorius mas raras y lega en materias
de critica preguntara a un facultativo con el mayor can-
dor porque se llama de Galeno este sugeto, quien fue este
medico, cuando y donde vivio y exercio &c. &c. Y no habra
muchos por cierto que ignorando la contestacion, quisieran que
se les dirigiese esta sencilla pregunta, si otra analoga, en deter-
minadas circunstancias y en presencia de ciertas personas...
por mas que en concepto de algunos ninguna importancia
tengan semejantes noticias, que no son seguramente del do-
minio puro y esclusivo de la ciencia de curar y sanar enfer-
medades.

Convenidos en que la instruccion literaria es de
absoluta necesidad para el medico digno de llevar este nombre, e
interin llega la ocasion de indicar los casos en que dicha necesidad
se patentara mas completamente, vamos que debe entenderse por
literatura, que parte de ella comprende a los medicos, y si esta a
la misma que exige el ejercicio y practica de otras profesio-
nes.

III.

La palabra literatura tiene dos sentidos segun la
acepcion mas o menos lata en que dicha palabra se toma.

Literatura en el sentido mas lato de la expresion significa el conjunto de toda clase de escritos que han aparecido en el arte literario desde el principio del mundo hasta nuestros dias; en suya acepcion se dice que la literatura es la expresion de la verdad. Literatura en su sentido mas estricto significa el conjunto de composiciones que no se concretan a la expresion de verdad de la verdad, sino que la presentan ataviada de varias formas y atractivos para hacerla, ya agradable, ya interesante, ya persuasiva: asi, por ejemplo, un libro elemental de gramatica o de matematicas es una obra literaria en su sentido lato, y un libro de historia o una comedia una obra literaria en el sentido estricto que hoy se da a la palabra literatura.

El estudio completo de la literatura abraza tres partes, que son: la preceptiva, la filosofica y la historica.

La parte preceptiva tiene por objeto enseñar un sistema de reglas sobre la manera mas adecuada de expresar nuestros pensamientos al formar una obra literaria; la parte filosofica ensena un conjunto de principios y verdades acerca del sentimiento de la belleza y sus relaciones como alma de toda composicion literaria; y por ultimo la historica ensena el conocimiento critico de las principales obras literarias que han aparecido en el mundo.

La literatura ademas suele distinguirse en los

nombres de antigua, moderna, latina, española, francesa,
alemana, &c. &c.

De las proposiciones que acabo de
señalar, y que no deben considerarse sino como otras tantas
definiciones puramente escolásticas, se deduce más poros
deben ser los que con justicia merezcan el nombre de litera-
tos, en el sentido propio y rigoroso de esta palabra, por
mas que con tanta frecuencia la sigamos poner en nues-
tros ojos. Y á la verdad, si atendiendo á la primera defi-
nición que viene dada de la literatura tan solo se califica-
se de literato al que tuviese conocimiento de todas las obras
que han aparecido en el mundo, nadie mereceria semejante
calificación, porque no es posible que haya un hombre ca-
paz de conocer siquiera los títulos de la inmensa multi-
tud de las que sobre los diferentes ramos del saber huma-
no se han escrito. Por lo se suerva la aplicación de se-
mejante epíteto para la persona instruida en algunos
ramos de los infinitos que la literatura comprende, espe-
cialmente en las letras humanas; pues literatura no es
otra cosa que Litterarum scientia.

Conformándonos pues con una especie de
costumbre insensiblemente establecida, mas bien que funda-
dos en alguna razón evidente, no llamamos literatos al
médico, al abogado ni al arquitecto por mas que la me-

dicina, la jurisprudencia y la arquitectura sean ramas del gran árbol de la literatura, y damos este nombre á ciertas personas que, perteneciendo úna á una profesion determinada, manifiestan hallarse versadas mas ó menos profundamente en todas las ciencias y artes conocidas (omnibus disciplinis et artibus instructi) y principalmente en las bellas letras. El conocimiento de estas últimas es tan importante que basta por si solo para ennoblecer á cualquiera que le posea. Por otra parte no hay una ciencia que tenga una existencia tan aislada y per se que no necesite auxiliarse de muchos conocimientos que son la postonencia sino como meros auxiliares. Si se fueran recorriendo todas ellas una por una es indudable que no se hallaria una excepcion. Entre dichos conocimientos auxiliares hay unos que las sirven como de base y fundamento á todas, y otros que no son sino una especie de perfeccion y complemento de las mismas; sin que por eso deje de conocerse que hay algunas en las que se manifiesta de una manera mas estensible la necesidad de los indicados auxilios. Esta necesidad puede considerarse, ya en la adquisicion ó aprendizaje de aquellas y como formando parte integrante de su estudio, ya en el ejercicio práctico de sus principios, ó sea en el terreno de sus aplicaciones.

En este supuesto es preciso convenir en que en todas las ciencias, ya teóricas ya prácticamente consideradas la,

parte literaria, la literatura propiamente dicha es una
condicion precisa de su existencia.

Pero si en su parte teorica todas necesitan
de esta circunstancia en la practica no todas la necesitan
igualmente. En el terreno de las aplicaciones, y conside-
radas las ciencias no en si mismas sino en los indivi-
duos que las representan, en las que las ejercen o prac-
tican, la literatura desempeña un papel tan importan-
te que muchas veces sin ella no serian aquellas nada;
porque de muy poco le serviria a cualquiera poner su
riso caudal de conocimientos científicos, propiamente tales,
si careciendo de las literarias se viera privado de la facultad
de hacer uso de ellos y ponerlos acertadamente en
juego cuando la ocasion lo exigiere; de poco le serviria saber
para si si no sabia para los demas; porque como dice muy
bien un distinguido humanista español: "¿qué vale la ins-
trucion que no se consagra al proveccho comun?" y en esto
precisamente consiste la grande influencia que sobre las
ciencias ejerce la literatura, en su su medio de expresion
y de comunicacion sirviendolas de digno intérprete.

Si no fuera por la literatura sucederia a
las ciencias lo que al sabio que caseñore de un idioma en
que expresarse, lo que al viajero en tierra extraña y que es-

viendo sus necesidades, no encuentra medios de satisfacerlas por camino de palabras ó sentidos especiales con que manifestarlas. Es indudable: las visiones no pueden intrinsecamente en la elevada atmósfera de la abstracción; alguna vez tienen que descender al terreno de sus aplicaciones, y entonces sus ministros, sus sacerdotes, los que están encargados de representarlas, si han de hacerlo dignamente, necesitan de virtudes. Pues que las visiones no arrajan de su seno: estas virtudes nacen de otro orden especial de conocimientos; estas las suministra la literatura. Y á la verdad, ¿cómo podrá hacer uso de los tesoros de una ciencia el que careciendo de los poderosos auxilios que proporciona una buena instrucción literaria, tenga que reducirse á la aridez de los principios? ¿Cómo hará una recta exposición de sus ideas el que, desconociendo las inflexibles reglas de la gramática, los severos preceptos de la lógica, expone sus concepciones en un lenguaje vulgar, incorrecto y desaliñado, y dice cosas libremente su imaginación sin sujetarla á un método riguroso y preciso? ¿Cómo conseguirá por último llevar la persuasión al ánimo de sus oyentes ó lectores cuando hable ó escriba, el que, poco ó nada familiarizado con el estudio de las bellas letras, no haya adquirido un buen gusto que á la vez que admira, atrae, seduce y cautiva excitando en nuestra alma ese dulce placer, esa sensación agradable que nos inspiran las producciones del genio? ¿De qué servirán las mas

bellas disposiciones careciendo del talento del buen gusto, "el mas necesario en el uso de la vida, no solo para hablar y escribir sino tambien para oir y leer y hasta para sentir y pensar"?

¿A quien le necesita mas que el médico? ¿No es su ciencia la que tanto por las inmensas dificultades de que se halla cruzado su estudio, como por las transcendentes consecuencias que de su ejercicio pueden resultar, necesita de mayor número de conocimientos auxiliares si ha de procederse en su adquisicion con paso firme y seguro? ¿No es ella la que mas abiertamente tiene que chocar con la incredulidad de los supersticiosos y con las propensiones del vulgo ignorante? ¿Cómo devalencar aquella y combatir victoriosamente estas sino con las armas de la gramática, de la lógica, de la filosofía, de la historia y sobre todo con el admirable cuanto difícil arte de buen decir?

Por otra parte el ministerio del médico ¿no es uno de los mas públicos que observamos en la sociedad? ¿Qué templo, qué foro, qué laboratorio tiene asignado el médico para tratar de sus operaciones y para campo especial donde lucir sus talentos? ¿Qué circunstancias especiales designan su tiempo de accion? ¿Qué previa preparacion se le concede? ¿A qué clase de personas reduce su trato? A la chusca, del miserable y al alcazar del poderoso, a todas las horas del dia y de la noche, cuando suenos lo piensa, y ante toda clase de personas indistintamente, es llamado a pres-

Las los errores de su ciencia à la vez que à sufrir el fallo de sus talentos y virtudes; y en todas partes y en todos momentos tiene que pasar por una prueba, que será mas ó menos fuerte, pero al cabo es una prueba, y en la que siempre aventura y no pocas veces por desgracia pierde su reputacion científica descubriendo los vacíos de su educacion literaria. Espero sobre este punto, que será considerado por algunos como cuestionable, al voto de los prácticos ilustrados y de todos los que por sí mismos habrán tenido mil ocasiones de reconocer la exactitud de mis palabras.

No sin fundamento se ha dicho que hay ciertos hombres que vistos desde lejos parecen muy grandes, y mirados de cerca son muy pequeños. Teniajan- te opinion que, aun considerada en general, no nos repugna, aplicada à los médicos tiene todas las condiciones de una verdad evidente. Hay en efecto profesores à quienes el vulgo respetaba y admiraba mientras no los conocia, y de quienes suele hacer muy poco aprecio cuando una vez los oyen hablar ó discutir, y vice-versa, hay individuos en nuestra profesion, escasamente considerados como hombres de la ciencia, y que sin embargo tienen la gran habilidad de conquistar en pos de sí la opinion pública obteniendo un triunfo en cada casa donde penetran. A qué se deba esto diganlo los que se empeñan en sostener que à nada

ó a muy poco conduce todo lo que no sea pura y exclusivamente
ciencia.

Mas no se crea que yo me olvido del sagrado
objeto de esta última, distraidó por otros intereses menos legí-
timos, y veamos si considerándola como una de las ramas
mas importantes del saber humano, se hace mas evidente
la necesidad de los conocimientos literarios en los que á ella
se dedican.

IV

El destino del médico en el dia no se redu-
ce únicamente al ejercicio privado de la práctica, ni su esclusiva
ocupacion es la de curar enfermos. Constituida la medicina como
una de las ciencias de primer orden, y con escuelas sostenidas
á su enseñanza, necesita de personas que generalicen y comuni-
quen á otras el inmenso caudal de conocimientos que la compo-
nen: lo cual quiere decir que ademas de médicos que curan tiene
que haber médicos que enseñan. Hay pues para el médico
dos sendas por lo menos: la comun de la práctica, y la especial
de la enseñanza: si larga difícil é importante es la primera

no lo es seguramente en menor grado la segunda; pues para entrar en ella con dignidad y moverla con aplauso y honor, se ha-
se necesario un orden de conocimientos enteramente especiales y una
multitud de dotes que no son absolutamente indispensables para la pri-
mera.

Desde luego se conoce que debe haber una diferencia
grande entre una y otra, y que no todos los que se consideran útiles
para la una podrán ser considerados como competentes para la otra.

Individuos hay que muy á propósito para tratar con el mayor
tino y acierto con enfermos en una sala de hospital, serian de
todo punto ineptos para ocupar dignamente la silla de una
cátedra. Esto consiste en que no es lo mismo saber para sí que
saber para los demás, tener ideas y facultad de expresarlas á otros
con la claridad y el método debidos.

Sea pues muy bueno y conveniente, y hasta ne-
cesario, que el médico que se dedica á la noble carrera del profes-
orado posea una sólida instrucción científica; pero ¿qué resultados
daría esta aplicada á la enseñanza si aquel no se hallase adorna-
do de ciertos conocimientos especiales para hacer la exposición de
sus doctrinas de la manera mas ventajosa? para dar un orden
conveniente á sus lecciones, para despertar con ellas la atención y
el amor á la ciencia, para sostener el mas vivo y constante inter-
és en el ánimo de sus oyentes ó discípulos, nutriendolos con el
agradable pasto de una sabia y bien escogida erudición? Nada

significan por ventura las formas en la exposicion de un sistema, en el desarrollo de una teoria, en la simple manifestacion de una doctrina cualquiera por insignificante que sea? ¿Y no es este el destino constante, la ocupacion ordinaria de un maestro? ¿Y quien proporciona estos concurrencios especiales, donde se aprende esta gimnasia del entendimiento? ¿Y acaso en los anfiteatros anat6micos, en las salas de clinica o en las aulas de la ciencia? Bien sabis, Senores, que esto solo se consigue dedicandose a otro genero de estudios que no se hacen en las facultades de medicina, y demasado concisus cuando se su importancia para todo el que desea aplicarse con acierto, y principalmente cuando tiene que dirigirse a un auditorio cuya atencion debe fijarse por medio de un objeto agradable que neutralice cierta natural aversion a todo lo serio, y disipe el fastidio que ordinariamente sugiere en la juventud la mon6tona y fria exposicion de los aridos principios de una ciencia; pues la primera atencion de un maestro debe ser cautivar el animo de sus discipulos a beneficio de una agradable novedad, no olvidando jamas el stilus dulcis del principio de los poetas latinos: y esto solo se consigue (no con cansancio de repetirlo) reduciendo a una solida instruccion cientifica una suavada instruccion o educacion literaria.

Quizá me objetarán algunos diciendo que hay ciertas materias, principalmente en la ensenanza de la medicina, que se precian muy poco o nada á los adornos de la

condición y á las galas de la oratoria. Yo tampoco dejo de conocer la exactitud que hasta cierto punto hay en esto; pero nunca podré conceder que deba considerarse como un motivo suficiente para desechas mis opiniones. El método, la claridad, el orden, la elegancia ó armonidad del estilo, la corrección del lenguaje &c. tan necesarios son en en las lecciones de un curso de anatomía como en uno de fisiología, medicina legal ó historia de la medicina; y esto solo se consigue con una buena educación literaria.

Y es tan cierto que para el digno desempeño del difícil cargo del magisterio público no bastan los conocimientos puramente científicos, que todos los días tenemos ocasion de observar el mismo resultado que dan las lecciones de ciertos hombres, muy justamente distinguidos en las diferentes ciencias, pero á quienes falta el complemento de una conveniente instrucción literaria; ya sea porque no aciertan á exponer debidamente lo que saben, ya porque no dan con el secreto de como indican Ciceron y Quintiliano, reddere auditoris bene-
volos attentos dociles, cuyo fin, aunque propio de todo orador, de nadie lo es tanto como de un maestro, y de un maestro que sobre tener que dirigirse á un auditorio natural y ordinariamente indócil se ve con mucha frecuencia en la provision de textos de cosas áridas y hasta repugnantes unas veces, delicadas y hasta obscenas otras, necesitado

en el primer caso amenizar para ser oído sin fastidio, y en el segundo abandonar el lenguaje común para presentas al través de un velo trazo las adquisiciones de la ciencia, à fin de no convertir en gusto de la picante morbosidad juvenil lo que tan solo debe ser pertenencia esclusiva del estudio mas grave y mas formal. Siento que los límites de este escrito no me permitan extenderme yya sobre tan importante asunto.

El médico como todo el que se dedica à una ciencia, cualquiera que ella sea, ademas del ejercicio práctico de su profesion y de la parte que pueda ser llamado à tomar en la enseñanza oficial, puede querer consignar por escrito los resultados de su estudio y de su experiencia aspirando al título de autor; y en este caso la necesidad de la buena instruccion literaria se hará tanto mas patente cuanto que las consecuencias de su perfeccion ó de su falta han de ser mucho mas trascendentales. En efecto, el médico que ejerce puede hasta cierto punto encubrir los vicios de su educacion literaria adoptando ciertas reglas de conducta; el médico que enseña en una cátedra reduce à su corto número de personas los apreciadores de su mérito; uno y otro circunscriben el campo de sus tareas à la poblacion en que viven ó à la cátedra en que esplican, y reducen la buena ó mala opinion que de sus talentos se forme al breve periodo de su existencia, ó si se quiere, algunos años mas allá de su muerte. El médico que escribe ó que desea escribir de medicina necesita de ciertos conocimientos

que en rigor nada tienen que ver con aquella ciencia, y sin ellos
ó no puede conseguir su objeto ó tiene que hacer pública su igno-
rancia en esta parte: el teatro de su acción no es ya el hogar
doméstico ni el estrecho recinto de una cátedra; sus jueces ya
no son los individuos de una familia reducida, ni ^{de} porción mas
ó menos numerosa, pero siempre masa de discípulos; la nota
de su saber no baja con sus ~~cenizas~~ ^{cenizas} á la oscuridad del sepulcro: su
teatro es el mundo entero; sus jueces todos los hombres, y su fama
buena ó mala se perpetúa quizá durante muchos siglos.

Por consiguiente, aun cuando solo bajo este aspecto se considerase
esta cuestión, podría mas que suficientemente probarse que el
medió como autor necesita tambien de los conocimientos litera-
rios para desempeñar dignamente tan alto destino.

Pero hay otras razones mas sólidas sobre que
fundar la necesidad indicada en este caso. Un libro no siem-
pre es el archivo en que se guarda todo el saber de un hom-
bre ó el ritual por donde se aprende una ciencia: no pocas veces
es el índice que encierra todos los principios de una secta, el órga-
no que sirve de manifestación á una doctrina: ¿y no atriba por
ventura en muchas ocasiones en la manera de redactar un ín-
dice, en la forma que se da á la exposición de esas doctrinas
la suerte de estas y la fama y celebridad de sus autores? Si
los célebres Horismos y Provérbios del divino arcaico de Coos,
basados sobre el sólido cimiento de una larga y sabia espe-

vicinia, no han necesitado de otros auxilios que la prueba
clínica, mil y mil veces reproducida en el transcurso de una
porción de siglos, para ser erigidas en sentencias de eterna
verdad; sucede lo mismo con todas las demás ideas que de
de entonces acá se han querido erigir en principios? No se
han visto los innovadores de todas las épocas en la necesidad
de agotar todos los recursos de la lógica y de la dialéctica, in-
vocar las luces de la filosofía, apelar al testimonio de la histo-
ria, llamar en su auxilio los nombres mas célebres y autori-
zados de todos los tiempos y agotar todas las torres de la indi-
cación para justificar sus falsas creencias y dar peso y legitimidad
a sus opiniones? No se ha necesitado echar mano de
estas mismas armas para combatirlos victoriosamente? ¿Qué
hubiera ^{sido} de los Van-Helmout, los Baillon, los Syllius de Leboe,
los Baglivi, los Barthez, los Corvisart, los Brown, los Prou-
vais y tantos otros nombres igualmente célebres sin los recur-
sos de una buena instrucción literaria? ¿Fijándonos tan
solo en este último; que hubiera sido del famoso sistema
de la imitación sin las indispuntables cuanto maravillosas do-
tes y especiales conocimientos literarios de su autor? A ser
por la contundente lógica del inmortál Prouvais, por su habi-
lidad dialéctica, por su buena instrucción general, y sobre todo
por su profunda elocuencia, por su elegante cuanto acastada,
manera de decir las cosas; hubiéramos, ^{visto} a la generalidad de
los médicos de casi todos los países ser arrastrados como por

un impetuoso torrente por el célebre autor del Sermon de las doctrinas médicas y del Tratado de las flequiasias crónicas precipitándose siegas en brazos de la doctrina fisiológica?

¿Y qué hubiera sido de la verdadera ciencia si la literatura no hubiera venido en su socorro ayudándola poderosamente a defenderse de los repetidos golpes que en todos los tiempos le han dirigido tantos invocadores de sistemas absurdos, tantos apóstoles del error?... ¿Qué fuerza de ella en nuestros mismos días si poderosos adalides favoritos de Caliope y Polimnia no hubieran salido a su defensa con todo el ardor que infunde una buena causa y con toda la fe que suspira una buena instrucción científica y una buena educación literaria? ¿No hubiéramos visto por tierra el magestuoso edificio levantado a fuerza de tantos siglos y a costa de tan heroicos esfuerzos por una infinidad de hombres a mal mas eminentes y laboriosos? ¿No hubiera — nos visto el cielo escalado por los soberbios titanes? — Convergamos pues, Señores, en que tambien bajo el aspecto de autor necesita el médico los auxilios de la literatura, si quiere que su nombre no perezca con la generacion de que forma parte; pues como dice Buffon (Remarques sur le style) "las obras bien escritas son las únicas que pasan a la posteridad."

El periodismo, es peregrina invencion

que establece un activo y provechoso comercio entre los sabios de todos los países sirviendo de medio de expresión á todas las opiniones; y otro de las palanquas adonde es llamado el médico para lucir á la vez el su talento y el caudal de su instrucción científica las galas y dotes de su educación literaria. Españe de libro diario en que se apuntan como por partidas sueltas las nuevas adquisiciones del estudio, el periodismo es el espejo donde se refleja la actividad intelectual de los individuos de una clase, y muchas veces el barómetro que marca la altura á que se encuentra una ciencia en un país determinado; en el reducido espacio de sus columnas van susignandose lentamente puntos materiales, que reunidos al cabo de algun tiempo por una mano hábil constituyen el cuerpo de una nueva doctrina ó robustecen y vigorizan las ya existentes. Nadie hay, incapaz de hacer públicos por este sencillo medio los resultados de su observación y de su experiencia: desde el menor profesor que vegeta ignorado de todos en la aldea mas miserable hasta el mas conocido y popular todos cuentan con este poderoso recurso para dar publicidad á sus actos y conquistas por á poco una sólida reputación; y bajo este aspecto cuidar sería inútil los conocimientos que se requirieran para obtener un resultado satisfactorio.

El periodismo médico sin embargo contribuye en el día casi una carrera especial y para la que se necesitan estudios y conocimientos especiales tambien. No basta

en efecto, saber mucha medicina para desempeñar dignamente
la difícil tarea del periodismo por la misma razón que no
todas las cuestiones que se son periódica se promuevan en
del dominio absoluto de la ciencia de curar; pues si bien la
parte científica ó puramente médica constituye el fondo
de algunas ó su materia mas esencial, á cada caso se
presentan otras, ni menos difíciles de resolver ni menos inter-
esantes, suscitadas por la casualidad unas veces, nacidas
otras de la necesidad de picar el interés de los lectores inter-
rompiendo con calculada oportunidad la monotonia que su-
giera la severa y seca exposicion de los principios: hoy ocur-
rirá por ejemplo una cuestion reglamentaria y otra quizá
mañana de interés profesional y comun; cuando será de filo-
sofia, cuando de historia y cuando de pura critica, sin des-
deñar tampoco en algunos casos la desagradable, pero neces-
ria polémica, y de tiempo en tiempo el jugueton y festivo fo-
lletin.

La simple indicacion de estas cosas de
una idea cierta de la suma de conocimientos de que debe ha-
llarse adornado el médico periodista, cuando esta palabra en
toda la fuerza de su verdadera significacion y no en la que, al
parar, la dan los que creen que solo con saber un poco de
anatomia, y otro poco de patologia y obstetricia se pueden re-
vestir dignamente todos los compromisos que se a la redac-
cion de un periódico de medicina. -- Y he' aqui, Señores,

otro nuevo motivo p^o recomendar la necesidad de una buena instrucción literaria en el médico.

Por muy indiferente que quiera ser el médico a cuanto no tenga relacion con la practica, aun cuando no aspire a ocupar cátedras, ni a publicar libros ni a escribir periódicos, no debe suponersele tan desistido de legítimas ambiciones que lleve su abnegacion y su modestia hasta el punto de renunciar al honor que siempre han vistado corporaciones científicas. Pues bien, considerémosle como individuo de alguna de estas, y aun cuando no ocupe uno de los primeros puestos, a cada paso se verá en la precision de exponer sus opiniones, ya de viva voz ya por escrito, bien tomando parte en la resolusion de los problemas científicos que en su seno se agitan, bien informando como individuo de una comision nombrada para ilustrar sobre un punto cualquiera difícil y cuestionable, y en este caso, si como hombre de la ciencia debe pronunciarse su juicio acertado, que se halla en armonia con los adelantos de esta misma ciencia, como individuo de una corporacion sabia está obligado a formular sus ideas en unos términos, que sin desdigan del título con que se honra ni rebajen a los ojos del público la consideracion y el concepto que del cuerpo a que pertenece se tenga.

Si suponemos ahora que dicho individuo

desempeña en semejantes incorporaciones alguno de los primeros cargos, á los cuales acompaña siempre cierto carácter público, sus compromisos no hay duda que serán mayores; pero en uno y en otro caso sus tareas consistirán en escribir memorias, pronunciar discursos, redactar informes &c.^o para todo lo qual será de servicio, como parte fundamental, los conocimientos científicos, pero no menos esenciales trata cierto punto los literarios; pues si con los primeros es un seguir á aconsejar á las personas que le consulten ó á quienes se dirige, los segundos le ayudan á persuadirlos á obrar en el sentido mas conveniente proporcionándole medios de presentar sus ideas con la debida claridad, precisión oportuna y agrado: circunstancias todas de mucha importancia cuando se trata de hacer prevalecer una opinion que se halla quizá en abierta oposicion con otras, y aun ahora tal vez con ciertos intereses particulares ó con determinadas views de gobierno.

Y no se crea que el campo que bajo este aspecto se le presenta al médico para lucir su instrucion literaria es reducido; pues á veces un informe proporciona tanta gloria como un descubrimiento y suministra abundante materia para un libro capaz de hacer por si sola la reputacion de su autor. Sobre vivientes al parecer tan frágiles está basada la fama de algunos de nuestros me-

¡por escritores humanistas y sobre los mismos está consoli-
dando también la suya alguna de nuestros compañeros
de profesión, á quien todos venero, y cuyo nombre pronuncia-
ría gustoso en este momento sino temiera ofender su mode-
stia, ó si los dulces vívulos de la amistad que á él me unen no
fueran un sello para mis labios.

La forma de gobierno por que se
rigen en la actualidad los destinos de nuestro país, y la nece-
sidad en que nuestra profesión se halla de que los ojos y oídos
de los médicos lleguen hasta las gradas del trono, hacen tam-
bién precisa en los mismos la adquisición de ciertos conocimientos,
que nada ó muy poco tienen que ver con la ciencia de curar las
enfermedades y dolencias del cuerpo humano: me refiero á la
instrucción literaria.

Considerados pues los médicos como hom-
bres de gobierno, formando parte de los cuerpos legislativos; qué
papel harán en las asambleas legislativas si se presentan en
ellas adornados únicamente con la instrucción del anfiteatro y de
la clínica? ¿Qué podrá prometerse la clase de semejantes hom-
bres? ¿Será por ventura de la patología y de la terapéutica de
donde debemos esperar el remedio de nuestros males? ¿Y de quién
sino de los mismos que los ven y tocan de cerca hemos de pro-
meternos algún alivio? ¿Y así le podrían proporcionar por ventura

los que en razon favorable no sepan hacer suenas su deber con
pintando al vivo nuestras desgracias y reclamando con ardor
y acierto a la vez la proteccion que por parte de las autorida-
des necesitamos? Tiempo es ya de que desaparezca la funes-
ta preocupacion, que nosi por que influencia fatal ha dominado
siempre, de considerar a la medicina como ajena de la ciencia
del gobierno y a los medicos como completamente extranos a los
asuntos politicos y administrativos; pues los admirables pro-
gresos de la higiene pública y de la medicina legal, cuya
importancia es hoy un hecho universalmente reconocido,
y cuyo estudio nos incumbe y particularmente, bien autorizan
a modificar algun tanto las ideas en esta materia? Pero de
muy poco sirve que unos cuantos profesores demuestran en los
periódicos y en las obras de la ciencia, que solo leen los indivi-
duos de la profesion; el importante papel que en la adminis-
tracion y en la politica estamos llamados a desempeñar,
si los que tienen la suerte de formar parte de los cuerpos le-
gislativos adoptan el silencio como regla de su conducta.
No siguiendo otra marcha forzosa será renovar la triste
opinion que de nosotros tienen los hombres de estado.

¿ Mas cómo podrá un medico cumplir
debidamente tan alto destino en las cámaras? Claro está
que solo consiguiendose con el preciso título de una buena ins-
trucccion literaria, que si bien no le coloque a la altura de los

primeros oradores parlamentarios le ponga en disposición de manifestar, cuando el caso lo pide, á la ocasión se presente, que no está la medicina reducida con la política y que los hijos de Ludovico sobreviven para algo mas que para curar enfermos.

La vida del hombre es muy corta y los estudios del médico demandado largos para exigir á este un conocimiento profundo de las leyes civiles, eclesiásticas, políticas y administrativas así como de la economía política y la estadística, que con las dotes de que debe hallarse adornado un orador parlamentario. No se juzgue pues que yo quiero que cada médico sea un Demosthenes, un Ciceron, un Mirabeau, un Moyer-Lolhard ó un Martignac: muy lejos de eso aconsejaria á todos los médicos que tienen alguna afición á ^{la} práctica de su arte que busquen siempre de engolfarse en los estudios políticos. Pero ya que tambien á este terreno suele ser llamado el médico, yo no he querido despreciar esta circunstancia para patentizar la necesidad de que aprenda á manejar con destreza su lengua, se familiarice con los preceptos de la elocuencia, y en una palabra, porca una buena educación literaria.

Después de lo que llevo dicho por ten-
 dría que añadir para probar la necesidad en que se halla
 el médico de poseer unos buenos conocimientos literarios; pero
 aquella se patentiza además, aunque no tan principalmente,
 en otros casos de los males no hay sino una figura recusa,
 porque sería ocioso insistir en una cosa que por lo clara
 y evidente hasta casi parece trivial.

La necesidad de conocer las disposicio-
 nes particulares y el talento de cada individuo, ó mas
 bien el de no proceder conforme á los principios de la mas
 recta justicia dió sin duda lugar á los certámenes y públicos
 que conocemos con el nombre de oposiciones. Previéndome
 ahora de si estas conducen siempre al fin que se desea y de si
 llenan el objeto que al parecer tienen, solo siento que ellas
 me suministran un poderoso argumento para corroborar
 mis ideas en la cuestión que vengo agitando. ¿Qué sucede
 en efecto cuando se abre un concurso para la provision
 de una plaza ó destino médico cualquiera? Veistes lo
 sabéis lo mismo que yo: que acuden nombres desconocidos
 ya en la práctica y jóvenes recién salidos de las escuelas

y que después de una lucha, desigual siempre e' indevota no pocas veces, por mucha que sea la imparcialidad del tribunal, que juzga semejantes actos el mérito verdadero y real suele quedar oscurecido por carecer de medios de expresión, que la sinuncia por si no puede proporcionar. Estos medios son, ademas de cierta serenidad indispensable y hábito de hablar en público, el método, el orden y la claridad en la expresión de las ideas, la armonía del lenguaje, la elegancia del estilo, el tinte enciclopédico que se descubre en el discurso, la elocuencia y en una palabra todos los recursos que para hacerse entender con agrado e' interés suministran una buena educación literaria, que no solo en tales casos sino en otros muchos vale tanto como una sólida instrucción científica.

La administración de justicia está a' veces tan íntimamente relacionada con la sinuncia del médico que sin esto nada pueden resolver los tribunales. En virtud de esta circunstancia el juez consulta al médico, estableciéndose entre ambos una correspondencia de las mas delicadas y transcendentes y para el último. Todo el mundo, todo el mundo que se ponga en la redacción de los documentos médico-legales u' para irse atiendo a' las consecuencias que tanto para las personas interesadas en una causa criminal como para el médico y para la sinuncia misma pueden tener. En semejantes casos no basta decir simplemente lo que se ha visto u' observado; es necesario analizar, discutir, probar, y redactar después

extensos informes ó declaraciones que han de someterse al juicio de los abogados y demas personas instruidas y hasta del público: por lo tanto sino se quiere obligar á la ciencia á representar su papel ridículo, es necesario no echar en olvido los poderosos auxilios que en semejantes casos puede proporcionar á la ciencia la literatura.

Si en un escrito de esta especie fuera dado traspasar ciertos límites sin incurrir en una desagradable monotonia, aun pudiera estudiarse ^{me} en demasía las ventajas que ofrece una buena instruccion literaria, ya en las juntas ó reuniones que se verifican entre varios profesores en determinadas circunstancias con el objeto de ilustrarse mutuamente, ya en los casos en que se hace primer sostenes una correspondencia científica con los sabios de otras naciones, ya en la asistencia de personas instruidas, literatos, artistas &c. (curiosidad muy comun en las poblaciones grandes), los cuales conceden tanto mayor aprecio y consideracion al facultativo cuanto mas instruido le advierten, basando en no pocos casos la opinion que de su persona forman sobre la idea de su instruccion general mas bien que de la propiamente científica; pudiera probar tambien cuanto esclarece aquella el juicio del medico en la lectura de los autores y recta interpretacion de sus doctrinas, y hasta en la observacion misma de la naturaleza, objeto constante de sus estudios y tareas; que salvaguarda tan segura es contra los errores que degrañadamente aparecen todos los dias en el campo de la ciencia, y por último que antidoto

tan eficaz contra el veneno de una hidra de cien cabezas, se charlatanismo desorganizado que hoy es la piedra de escándalo de nuestra malhadada profesión. Pero hasta con lo arriba expuesto para convencer á cualquiera de la indisputable necesidad en que los médicos se hallan de dirigir su atención á otra orden de estudios que los puramente científicos. Para cerrar ahora este mal ordenado discurso he creído conveniente indicar cuales de dichos estudios deben ser los que mas especialmente han de constituir nuestra educación literaria. Confío en que no se considerará como inoportuna esta indicación, aun cuando no sea comprendida en la proposición ó título que susabera.

VI.

Si algun hombre hoy que merezca de la suma mayor de reconocimientos posible es indudablemente el médico: su instrucción debe ser enciclopédica. Pero en la imposibilidad de adquirir todos los que ~~en~~ en rigor serian necesarios, vemos cuales de los puramente literarios son los mas indispensables, aquellos de que en justicia no puede prescindir si ha de ejercer su profesión con algun decoro y dignidad.

La gramática constituye el fundamento

principal de toda educacion científica ó literaria; ella es la que sirve de base á todos nuestros conocimientos como las primeras piedras de un edificio. La galabia no seria sin don tan preciosa para el hombre si no supieramos hacer de ella el uso conveniente, y nadie ignora la parte que aquella toma en tan útil industria. El lenguaje hablado y el lenguaje escrito son los medios que todo hombre de carrera tiene constantemente en juego, ya para adquirir los conocimientos que necesita poseer, ya para comunicarlos á otros; y si se desocan de dichos medios toda la utilidad posible debe aprender á servirse de ellos de la manera mas acertada y conveniente, no bastándole en este punto una instruccion general que se adquiere en el trato comun y ordinario de las gentes; porque como dice Fr. Luis de Leon (Hombrs de Cristo, lib. 3.º) "el bien hablar no es comun; sino negocio de particular juicio, aun en lo que se dice como en la manera como se dice".

El medio ademas, y como mas abajo veremos, necesita el conocimiento de ciertas lenguas, entre las cuales figura en primera linea la latina, digan lo que quisieran los que quiza por ignorarla la desprecian; y tanto para el respecto como para el estudio de esta última como para el estudio de otras igualmente importantes no puede menos de saber bien la gramática "cuya utilidad para hablar que se oye, como dice la Real Academia Española (Gramática de la lengua castellana por la Real Academia, prólogo

pag. 5) si se considerara como medio para aprender alguna lengua extraña." En cuanto al estudio de la lengua latina añade, aquella sabia corporacion en otra parte (id id pag. 4) "Los que hubiesen de emprender carrera literaria necesitaban de saber la lengua latina y lo conseguirian con mayor facilidad llevando ya sabidos por su gramática propia los principios que son comunes à todas las lenguas." Seria ocioso que yo me detuviese en probar la utilidad de la gramática: todo el que se dedica à una carrera necesita saberla; no hay pues una razon para que el método se excepte de una regla tan general.

La utilidad de la gramática, si bien nunca ha dejado de ser reconocida, lo ha sido mas en ciertas épocas, ó por lo menos en ellas resultaban de un modo mas claro sus ventajosas aplicaciones. En el siglo XVI. por exemplo los estudios fueron puramente gramaticales en todas las escuelas. Se limitaban à leer los escritos clásicos de los antiguos y à interpretar sus expresiones, y solamente hacia el fin de este periodo (segun Brubkopf) las universidades comenzaron à enseñar la historia, la geografía y otros conocimientos necesarios. En medicina misma (V. Sprengel, Historia de la medicina) la instruccion no consistia sino en explicar à los antiguos, "si bien la ciencia habia tomado mejor direccion puesto que en vez de aferrarse à las obras bárbaras de la edad media se daban de preferencia las de Hipócrates y de Galeno, que se enseñaban hasta en su lengua original." La importancia que entonces te-

114.
nia la gramática entre ^{los} médicos fué sin duda la causa de que
tanto se cultivase su estudio, estudio que hoy por desgracia se dejó
de estar abandonado entre nosotros.

Otra de las bases de toda instrucción sólida y profunda, y de todo punto necesaria de una manera especial al médico es la lógica. Entrar ya ahora en una serie de reflexiones para probar las ventajas de esta parte de los conocimientos humanos sería desconocer completamente la índole de mi escrito de este género y hasta ofender el buen juicio de las personas á quienes se dirige. Voy sin embargo á copiar las palabras de un hombre bastante autorizado en la materia. "Conteniéndose cada una de las ciencias (dice Balduino) dentro de sus límites, esta (la lógica) que dirige el entendimiento, y es un arte auxiliar de los ingenios, lleva la luz delante de las otras, promueve mayor facilidad para ellas y dilatadamente corre por todas. Los que tienen los auxilios de ella logran fácil, desembarazada y copiosamente la ciencia y conocimiento de otros objetos; y los que no los tienen se aplican á las ciencias como desprovistos y desarmados y jamás llegan á sobresalir en ellas."

Hasta aquí no se hallan, al parecer, sino de una manera general con relación á mi objeto las ventajas de la lógica. Pero prosigamos:

14.

"El estudiante bien instruido en ella (continúa Baldinotti) averigua por un medio no dudoso las cosas oscuras y recónditas; no se rinde á las apariencias, duda en las cosas dudosas, descubre las faltas, no confunde las probables con las verdaderas, y de estas cosas decide, de las demás opina; nunca anticipa su juicio, nunca juzga por capricho; no se arroja imprudente lo que se halla fuera de su facultad, y no ignora el medio de investigar y de hallar el vérito de las cosas."

Meditese sin peso el sentido de estas últimas palabras, reflexionese luego sobre el objeto que el médico se propone en sus estudios y su destino en el terreno de la práctica, teniendo después las oportunas aplicaciones, y véase si necesitaria yo demostrar con mas evidencia la necesidad de la lógica como parte fundamental de la instrucción de un profesor de medicina.

Pero si se quiere una prueba mas autorizada de esto mismo me bastaria citar el siguiente hecho, mas elocuente que cuanto yo pudiera añadir: Entre las ordenanzas ó disposiciones del Emperador Federico 2.^o que tanta celebridad proporcionaron en el siglo XII^a la escuela de Salerno se hallaba una ley que determinaba el número de años que los discípulos debian pasar en ella, y entre otras cosas se decía: "Como no es posible hacer progresos en medicina sin conocer la lógica, queremos y mandamos que no se admita al estudio

de este arte al que no haya estado dedicado tres años por lo menos
al estudio de la lógica." Duda vana sea' en todas las épocas y
países se ha reconocido la importancia que para el médico tiene un
estudio tan útil, á lo cual han contribuido no poco los escritos del
celebre é insustant Bacon y los del no menos recomendable é ilustre
Zimmerman, que dirigiendo á los médicos por el único camino que
conduce á la verdad, les hicieron conocer que nadie podrá burlarse
de haber llegado á ella siguiendo otra senda que la de la experim-
ia y la observacion. Estas son en efecto los únicos medios de hallar-
la, y para conseguirla en medicina, como en todas las ciencias
naturales, es preciso establecer un método, adoptar una marcha
regular, uniforme y constante en el ejercicio de nuestras facultades,
q' si bien no siempre nos conducen á un resultado positivo,
nos apartan al menos de los numerosos errores que á cada pa-
so se nos presentan; es preciso hacer un estudio especial é impor-
tantísimo, es indispensable cultivar una ciencia: esta ciencia,
confesémoslo de una vez y digámoslo en alta voz, es la lógica.
¡Ojalá' no se despreciara tanto y no se banionariásemos como
verdades eternas tanto y tan groseros absurdos... no presen-
tásemos tantas nuevas escandalosas que matan nuestro pres-
tigio entre las gentes sensatas y nuestra fe' y nuestras dulces
ilusiones en nuestra ignorancia! En buena hora que no imitémos
á los evolutivos de los siglos **XV** y **XVI** concediendo un
imperio absoluto y omniterminio á la autoridad, á la tradicion
y á los textos sagrados; pero tampoco caigamos en el extremo o-

puesto de admitir sin examen todos los errores que imaginaciones enfermas unas veces, hombres corrompidos por el espíritu de especulación otras, arrojan como una mala semilla en el campo de la ciencia para pasto de ignorantes y crédulos por una parte y celo de incautos y necios por otra.

Otro de los puntos hacia donde el médico debe dirigir hoy su atención es el estudio de los idiomas. La antigüedad, cunado de las ciencias en que las ciencias se hallaban envueltas, como en la infancia de su vida, y entre los innumerables errores en que no pudo menos de caer, trahió ya verdades importantísimas que siglos posteriores no han hecho sino confirmas mas y mas, y sentó principios que la experiencia no ha desmentido, y que aun hoy admiramos con la mas profunda veneración. Estudiar pues á la antigüedad es en muchos casos beber en las fuentes mas puras de nuestros conocimientos y enriquecerse con el inestimable tesoro de una multitud de hechos bien observados, capaces de enojar por sí solos mas luz que todas las modernas teorías. Verdad es que siendo la antigüedad la infancia del mundo no puede esperar de ella una madurez de juicio y esa rigurosa de experiencia que son los felices frutos de la verdadera antigüedad de aquel, y que como dice Bacon (Bacon, Nov. Organ. l. II p. 302) la misma veneración á los escritos de los antiguos es uno de los principales obstáculos que se oponen á los progresos de la medicina, como de todas las ciencias de observación; pero entre una vene-

ración que raye en idolatría y un monarquismo que casi sea un atis-
mo, hay un justo medio que todo hombre prudente no puede menos
de adoptar si no quiere incurrir en un esclucivismo fatal y hasta ri-
dículo. Bueno que no admitamos como verdades absolutas cuanto?
Hipócrates, Galeno y otros escritores, pero tampoco dejemos de reconocer
que hay en las obras de aquellos genios ilustres mucho que admitir
y mucho que aprender también.

¿Y como se estudiarán los descubrimientos de aque-
llos sabios observadores si no entendemos el idioma en que escribieron?
Pero hay, se dirá, el recurso de consultar á un intérprete y expositor.
¿Y si este, pregunto yo, el modo de estudiar á los antiguos? Podrá
quedar completamente tranquilo y satisfecho un hombre, verdadero
amante de la verdad, estudiándolos bajo la fe de un traductor pro-
curado ó de un comentador prevenido? ó deberá recurrirse al ori-
gen, buscar el manual y operar en él en sed de sólida instrucción?
Es indudable, Ghiora, que á la antigüedad se la debe estudiar en sus
fuentes y que nosotros los médicos debemos hacer con respecto á los
antiguos lo que refiriéndose á Hipócrates decía Cardano (In Hippocra-
tes progr.): "Hippocratum quæro, quoniam plurimum continet veri-
tatis: oportet igitur veritatem inquirere non verborum expositionem"

Los idiomas pues griego y latino deben for-
mar una parte muy esencial de los estudios del médico, porque uno
y otro á las ventajas indicadas vienen á ser los elementos de casi

toda la terminología médica: En esto preciso u necesario que los médicos de los siglos anteriores nos librasen gran ventaja, como puede verse en nuestra malquiza consultando la historia de nuestra ciencia.

Pocos médicos hay ahora que, poniendo á la vez con toda perfección su idioma patrio y aun distinguiéndose por esta razón en la literatura de él, como nuestro compatriota y mi ilustre paisano Andrés Laguna, pruebas inequívocas de no serles extraño, el griego, el latín, el árabe, el francés, el italiano, el tudésco, el portugués y otros.

No se oia por esto que es mi ánimo exigir que cada médico sea imperfecto poligloto: porque hasta cierto punto prácticamente las inmensas dificultades que á tan útil estudio acompañan para no abrigar tan temerarias y hasta extravagantes ideas; pero siquiere el griego, el latín y alguna de las lenguas vivas mas generalizadas y necesarias en el día no u suelta exigir á unos hombres que como los médicos, á tantas consideraciones se oren con derecho.

La afición á las lenguas griega y latina estaba tan desarrollada entre los médicos en los siglos XIV y XV que muchos hacian viajes al extranjero con el objeto de aprenderlas, tales como Arias Barbosa, el doctor Carragosa, Prietaso y algunos otros. No por esto debe creerse que yo ~~pretendo~~ ^{tenigo} hacer suavec alguna parte y entusiasmo por dichas lenguas que á los médicos españoles de los sucesivos siglos llegaron á inspirar las traducciones de Hipócrates hechas por Eudoro Lazo, algunos códices de aquel ilustre anciano, y las de

Galeno y Aristóteles, en términos que á imitación suya casi nos avergonzamos de escribir en castellano: muy lejos de pensar así, pero que los dos nuestros esfuerzos deben dirigirse á manejar con destreza nuestro rico idioma al que ninguno otro acostaja en belleza y hermosura.

Más entre el entusiasmo quizá exagerado de los antiguos y el casi total abandono de los modernos en esta parte, bien conocido, Spinoza, que cabe un justo medio, del que por desgracia nos apartamos cada vez más con un gran perjuicio de la ciencia y menoscabo de aquella gloria que en sus escritos nos legaron nuestros ilustres predecesores, aquellos hombres eminentes cuyas obras yacen por nuestra ignorancia en el más completo olvido, siendo víctimas del polvo destructor en nuestras bibliotecas nacionales, y á las que ¡vergüenza causa el confusarse! si siquiera reconocemos cuando vuelven á atravesar los Pirineos cubiertas á la francesa.

La filosofía y la historia: he aquí otra de las ramas de las ciencias humanas que deben ser objeto constante de la atención del médico, y de las cuales no solo no puede prescindir sino que de ellas está obligado á hacer un estudio especial. La primera se halla tan íntimamente relacionada con la ciencia de curar que casi puede considerárselas como dos hermanas en cuyos semblantes se descubren las señales de tan estrecho parentesco. Procuramos la larga serie de todos los sistemas médicos que en sus eternas páginas ha consignado la historia de todos nues-

tos años y otros y siempre venidos en la medicina el vivo reflejo de la filosofía reinante. No es este el caso de entrar en una demostración de tanto interés; por otra parte esta cuestión ha sido agitada ya con mas tino del que yo fuera capaz por alguno de los dignos miembros de esta ilustre corporación, y si algo quedara por decir sobre tan bello asunto notaría en un círculo de boca de un dignísimo aspirante al distinguido honor que hoy me hace ocupar este inmerecido punto.

El médico pues debe ser filósofo; la filosofía le presta los mas útiles servicios en el estudio de los fundamentos vitales al paso que le ilustra, le perfecciona y enalteza. Así lo ve ya sin duda Hipócrates cuando dijo: *Medicus enim philosophus divo similis est.*

¿Y quien habrá que niegue la utilidad de la historia de nuestra ciencia? No es ella la que pone ante nuestros ojos todos los siglos pasados, la que nos comunica las útiles verdades de todos los tiempos, la que juzga los errores de todas las épocas, la que contemplando sine ira et sine studio, como dice Tácito, todos los acontecimientos pasados nos precava, según la feliz expresión de uno de los mas acreditados historiadores médicos, contra todo juicio injusto, nos acostumbra a conceder nuestra indulgencia a aquellos cuyas opiniones difieren de las nuestras, nos enseña a desconfiar de nuestras propias fuerzas y nos inspira sentimientos modestos? No es ella... pero no quiero, Señores, molestos con-

tra atención mereciendo las ventajas de un estudio tan útil
como de utilidad, y de cuya importancia es hallar perfectamente
convenidos. El conocimiento de la historia de su ciencia es tan
necesario al médico que nos lo dice Gravos; In ea opinione
semper fui medicum perfectum absolutumque omnibus viciis
ris fore necessarium, nisi qui in historia medicina bene versatus
sit."

Como complemento de toda educación literaria no es
posible prescindirse de la lectura de los poetas; pero yo apenas
me atrevo á recomendarla á los médicos porque el comercio con
las musas se considerase en nosotros como género de contrabando
y advertir una opinión semejante es casi pronunciarse contra
heresia, aun en concepto de muchos de nuestros compañeros, los
cuales sin duda por ignorar la historia no conocen que al con-
ducir en el médico la afición á la poesía, obra dar á entender
que no sabem apreciar las indubitables ventajas de tan grata
ocupación, lanzan una acusación injuriosa contra los Juan
Sobranos, los Nicolás Gutiérrez de Argüello, los Andrés Laguna,
los Jerónimo Gómez de Huerta, los Cristóbal Pérez de Her-
rera y tantos otros ilustres profesores y compatriotas nuestros
que en ella se distinguieron y que con tan laudable celo y felici-
tos resultados la cultivaron.

Por último, y para decir de una vez á pe-
sar de lo que nos son adquisiciones prácticas se curasen mas

6
de matro illius, mientras los romanceros. Del médico no sal-
gan de la esfera de la ciencia nuestra sólida consideracion social
y nuestro prestigio no sean sino un fantasma ilusorio, sin som-
bre vano. Hay que convenir con Sprengel en que "la erudición
destroada se venga cruelmente de aquellos que no la aprecian" y
es forzoso repetir con un ilustre catedrático del último siglo:

Qui in studio medico magnas profectus facere, atque praedatus et
genuinus medicus exadere satagit, is ante omnia earum linguarum
notitia instructus sit necesse est, quae utilitatem ipsi hae in re asferre
possunt, atque simul litteris, quas humaniores appellant, probe instrue-
tus."

La sólida instrucción científica, la amorada
educacion literaria: he aquí las dos únicas áncoras de salvacion,
que nos quedan para resistir a' un deseccha borraca social que
amenaza aniquilarnos; he aquí la senda por donde hemos de
llegar al deseado puerto de nuestra regeneracion médica. Des-
carguen en hora buena los poetas toda la trébol de la sátira sobre
la estidumbre de nuestra ciencia; lancen sangrientos epigramas
contra la hija de los siglos algunos escritores contemporáneos; tiase de
nuestras lasaridad entera; el dolor, el sufrimiento, la enfermedad
nos denegarán de todos ellos, no porque experimentamos placer en
sus alegrías, no porque nos quejamos en sus dolores y dificultades,
sino porque, haciendo la mas vergajosa traidion a' sus princi-
pios, los vemos implorar contanto mas a'fan los recursos de un

misma ciencia, objeto de sus sátiras y motivo de sus epigramas,
cuanto mas á impiar la fama de nuestra institución.
Pero al acercarnos al lecho de un hombre célebre y devorado no
lo hagamos prostrados únicamente con los ramos de la ciencia,
y cubriendo todos nuestros actos con el opaco velo del misterio, saiga-
do ya en mil pedazos por sucesas mismas manos en estos silenciosos
tiempos; anunciemos tambien de la instrucción literaria y á la vez
que aplicamos el bálsamo á las llagas de su cuerpo infundamos
la fe en sus corazones vacilantes y muertos para todo género de ve-
ruces; impresionemos vivamente su alma con los destellos de la
verdad, haciéndosla escuchar de nuestros labios autorizada, y ya
que nos pedamos evitar que la muerte nos arrebathe tan repetidos
triumfos, procuremos siquiera que no se nos niegue la legitima per-
tenencia de los que obtengamos... ¿Que nuestro imperio sea el del
entendimiento y el de la razón, y no el del dolor y el de la necesidad!

Mejoramos y perfeccionemos nuestra educación
literaria y nuestra literatura médica, amortecida por el hielo de la
inercia, sumergida en el mas vergonzoso abandono, recobrará de
nuevo su antiguo vigor y volverá el siglo de los Valles y los Mercade-
ros; perfeccionemos nuestra educación literaria y nuestra medicina
patria, hoy sin carácter propio, obtendrá con carácter ciudadano-
nacional sacudiendo el yugo extranjero que la manilla; se-
rán nuestras escuelas suprimidos el bulto; serán universalmente
conocidas y repetidas nuestras establecidas médicas, quizá mas

dignas de esta gloria que las de otros países; nuestra prensa médica dejará de ser el pálido reflejo de producciones exóticas; como mejor sucedió a nuestros clásicos; no pagaremos á subido precio las producciones de nuestro mismo suelo que la Alemania, y la Francia nos venden como si fueran; desaparecerá para siempre el terrible arde de las traducciones, que nuestra ignorancia y nuestra indolencia han hecho necesarias; tendremos sociedades y academias científicas que rivalicen dignamente con las de otras naciones, y conseguiremos por último un aprecio, una consideración y un prestigio que llamamos hoy, perdidos y que son la sangre con que ha de nutrirse la preciosa vida de nuestra ciencia en las edades presentes y futuras.

He llegado al término del espacio que me había propuesto recorrer: corto y árido es porvenir incanino, aunque lleno de dificultades y aridez estas para mí! Una dulce aunque remota esperanza me obligó á entrar en él; un curso agradable de sus quehalagan nuestra fantasía en el silencio de la noche y en el letargo de los sentidos me infundió valor para no retirarme acobardado, ocultándome hasta visto grande la magnitud de mi empresa: vuestra benévola tolerancia me alzó hasta este momento en que, inclinando la cabeza, me dispongo á recibir vuestro fallo... Mucho tengo de que arrepentirme... mucho debo agradeceros. Desearos debéis estar de haber admitido mis pretensiones, también yo lo estoy de haberme atrevido á tanto.

Robando la mesa de mi estudio de las

numerosas producciones del quicio me hubiera sido mas fácil confesio-
nar, sobre un punto cualquiera de nuestra ciencia, un trabajo dig-
no de vuestras personas; pero desconfiando poder conseguir la gloria
de la perfeccion, aspiré á la mas sencilla de la novedad. Si lo
he conseguido á costar, os lo declaro.

Por lo demas no se me oculta ninguno de los
muchaquinos reparos que á mi obra podrá, no digo la crítica severa
y mordaz sino la mas benigna y desagraciada. No faltará
quien diga que el asunto de mi memoria es frívolo; responderán otros
que para usar un tifus, una pulmonia &c. está de sobre la in-
struccion literaria; añadirán otros que mi discurso en que tanto se
ensalzan las ventajas de la literatura debiera ser una gramática
de lo que se defiende. Para contestar á los primeros apelo á vues-
tro juicio; á los segundos ---; ¿quiénes tienen de contestar á los segun-
dos si se empeñan en hacer de la medicina un arte mecánica
y no aspiran á otra gloria que á la del jornalero, ni á otro por-
venir que al del mercader, buscando la salud que proporcionan por
el vicio mortal que veniden, y consideran como justa recompensa y digno
premio de sus servicios? A los últimos si podré asegurarles que
nunca me propuse ni consideré repar de acompañar con el ejemplo
la regla, sino dar una vez de abisma para evitar en lo posible la
ruina de que cada dia nos vemos mas amenazados, añadiendo
un Horacio:

Ergo fungar vice estis acutum

17
Reddere quae ferrum valet, exors ipsa secandi.
Munus et officium, nil scribens ipse, docebo.

Madrid 20 de Mayo de 1853.

Enrrique Carretero Serra.